

REFLEXIONES SOBRE LA ABSTRACCION

Antonio Aguiló Fuster

RESUMEN: La capacidad de abstraer es una de las capacidades fundamentales del ser humano. En el artículo se trata de esclarecer algunas de las condiciones que la harían posible y limitarían el ejercicio de dicha capacidad, al tiempo que se trataría de mostrar la necesidad de la abstracción para que pueda darse un mundo y las cosas del mundo. De todo ello se seguirá un punto de vista según el cual se da una relación indisoluble entre lo concreto y lo abstracto.

ABSTRACT: The capacity of abstract is one of the fundamental capacities of the human being. On the article it's about to elucidate some of the conditions that will make possible and will limit the exercise of that capacity, at the same time will treat to show the necessity of the abstraction that will be able a world and the things in the world. All of those will continue the point of view according which can be an indissoluble relation between the abstract and the concrete.

“Lejos de que se abstraigan ciertas cualidades partiendo de las cosas, ha de verse, por el contrario, que la abstracción como modo de ser originario del para-sí es necesaria para que haya en general cosas y un mundo. Lo abstracto es una estructura del mundo necesaria para el surgimiento de lo concreto, y lo concreto no es concreto sino en tanto que va hacia una abstracción, en tanto que se hace anunciar por lo abstracto lo que él es: el para-sí es desvelante abstrayente en su ser”.
(J.P. Sartre; *El Ser y La Nada*; Ediciones Altaya 1993; pag. 223.).

I

Por abstraer suele entenderse la acción de separar por medio de una operación intelectual las cualidades de un objeto para considerarlas aisladamente o para considerar el mismo objeto en su pura esencia o noción, tal y como dice el diccionario.

Por nuestra parte iniciaremos nuestra reflexión sobre la abstracción a partir de un experimento imaginario y clásico en los estudios sobre la misma. Vamos a suponer que nuestro mundo se reduce a la presencia de 27 figuras geométricas tridimensionales: nueve cubos, nueve cilindros y nueve pirámides. Supongamos, además, que las figuras en cuestión se nos dan en tres tamaños: pequeñas, medianas y grandes. Y supongamos,

por último, que las figuras se dan en tres colores: rojo, verde y azul. Pues bien, ¿cómo se llevaría a cabo la abstracción en este mundo reducido?, ¿cuales serían sus límites, y cuales las condiciones que la harían posible?

Cada uno de los objetos geométricos por separado, diremos que se presentan como una unidad indiferenciada donde figura, color y tamaño se dan soldados de tal manera que para nada es apreciable su "personalidad propia"; cada objeto es un todo-uno. Para cada objeto su figura es de color, su color tiene tamaño y su tamaño tiene figura. Pero sucede que al deslizar la mirada de un objeto a otro, éstos entran en cierta relación. Cada uno será por esta relación fondo para el otro. Un objeto se compara por otro, se mide por otro. En su mutua compañía un objeto se convierte en sistema de referencia para otro y al revés, cada objeto mide y es medido por los demás. Y al así entrar en una relación de comparación sucede que las tres mentadas cualidades empiezan a luchar por su independencia mutua. Así, el rojo salta del cubo pequeño al cilindro mediano y de éste a la pirámide grande, el rojo es cúbico y pequeño, pero también piramidal y grande, como cilíndrico y pequeño. Al repetirse, el rojo ya no sólo se da unido a una determinada figura y a un determinado tamaño, sino que se une a otras figuras y tamaños. En el hecho de comparar unos objetos geométricos con otros en el acto de deslizar la mirada de uno a otro, la variabilidad ha entrado en nuestro pequeño mundo experimental y, con ella, la posibilidad de que por repetición una determinada cualidad inicie su andadura hasta su aislamiento de las cosas en las que es. La variabilidad es, en efecto, lo que hace posible el contraste entre unas cualidades y otras, y este contraste es esencial para que puedan dejarse ver. Sucede, además, que el rojo no solamente salta de una figura a otra y de un tamaño a otro, sino que en determinadas ocasiones el rojo se ausenta, mientras que, por repetición, permanecen unas figuras y tamaños que tal vez creíamos indisolublemente soldados al rojo, como si éste fuese propiedad de las mismas o al revés. En la variación de la relación de presencia de unas propiedades para con otras al pasar la mirada de un objeto a otro, finalmente lo que se hace manifiesto es que unas se dan con independencia de las otras, es decir, que se da una sin que necesariamente se de la otra o las otras. Entonces, ya no queda sino apropiarse o apoderarse de aquello que así se manifiesta ligando todas las manifestaciones de una cualidad aislada bajo una denominación común. Aislada o abstraída una cualidad, una a una podremos ir abstrayéndolas todas.

Ahora bien, obsérvese cómo la variación en la manera de presentarse es un elemento esencial para que se manifieste la independencia de una determinada cualidad (una identidad que persiste en la diferencia), de igual manera que, por otra parte, también es esencial que dicha propiedad se ausente en ocasiones, mientras que aquellas a las que solía ir ligada permanecen (una diferencia en la persistencia de una identidad). Lo cual nos lleva a pensar que en los casos extremos en donde jamás se diese la repetición de una cualidad sobre un fondo diferente de cualidades, y aquél en el que una cualidad fuese común a todo, la abstracción toparía con sus límites. En efecto, supongamos que en el mundo experimental con el que trabajamos introducimos una variante y hacemos que todas las figuras sean rojas, ¿podríamos en este caso llegar a aislar el rojo, no de tal figura y tal tamaño, sino de toda figura y tamaño? Parece que tendremos que responder negativamente a esta cuestión. En tal caso, la figura y el tamaño serían rojos, pero el rojo jamás se daría con independencia ni de la una ni del otro. Pero también, en el caso de que la situación experimental fuese tal que ninguna cualidad se repitiese y que, por lo tanto, ningún objeto del juego experimental fuese igual en ninguna de sus propiedades a ningún otro, entonces ¿cómo sería aquí posible la abstracción?, ¿cómo llegar a darse

cuenta de que tal algo se da con independencia de tales otros?. Es el juego de ausencias y presencias variadas el que nos proporciona el terreno adecuado para la abstracción.

Pero recalquemos la idea del párrafo anterior con el siguiente juego experimental: imaginemos, ahora, que tenemos que enseñarle a alguien qué es el rojo, qué es el amarillo, qué es el verde, qué es un triángulo, un cuadrado, un círculo, grande, pequeño y mediano, y que para ello únicamente disponemos de los siguientes tres objetos: un cuadrado rojo pequeño, un triángulo amarillo mediano y un círculo verde grande. Bien, cada vez que el alumno señala lo que le pido, le doy un caramelo, y cada vez que se equivoca, le hago un gesto de desaprobación. Ahora le pido que me señale un objeto amarillo, el alumno señala el cuadrado rojo y, en consecuencia, le miro con desaprobación. Vuelvo a pedirle que me señale el amarillo, y él vuelve a probar señalando el triángulo, entonces le doy un caramelo. ¿Quiere esto decir que ya ha aprendido lo qué es el amarillo? por supuesto que no, para él no hay ninguna diferencia entre el amarillo, la triangularidad y la medianez, y jamás podrá haberla si no se amplía tan reducido mundo experimental. Cuando le pida el triángulo y me lo de, y, en consecuencia, le premie, ¿no serán para él "amarillo" y "triángulo" palabras sinónimas que señalan un único objeto y no dos cosas diferenciables de un mismo objeto?, ¿pero cómo podría él diferenciarlas si el criterio con el que decide si lo ha hecho bien o no es idéntico tanto para el amarillo como para el triángulo?. Y si en vez de contar con esas figuras contara con otro juego todas ellas del mismo color ¿cómo podría hacerle entender lo que es el color? Por lo tanto, ni en el caso de que haya algo común a todo, ni en el caso de que nada fuese común, podría llevarse a cabo la abstracción.

Por otra parte, es interesante recalcar, también, que entre las cualidades abstraídas en nuestro mundo experimental no puede decirse que haya ninguna que sea privilegiada con respecto a las otras, sino que en la variación-contraste las unas se constituyen en fondo de las otras según sea el caso. Las cualidades en la variación de su relación se apoyan mutuamente sin que pueda decirse que haya un fondo común a todas ellas. No hay un punto de apoyo primero, es la mutua y variable relación la que lo proporciona.

En nuestro pequeño mundo experimental, por abstracción, han llegado a la presencia-diferenciada: el rojo, el verde y el azul; el grande, el pequeño y el mediano; y, también, el cubo, el cilindro y la pirámide. Pues bien, saliéndonos de nuestro mundo experimental, así tiene que ser como llegan a la presencia diferenciada toda la suerte de entidades que en el llamado mundo real salen a nuestro encuentro, arrancadas literalmente de la naturaleza indeterminada.

II

Vamos, pues, a partir del supuesto de que los objetos, las cosas, los entes (así como sus propiedades y relaciones), llegan a la presencia-diferenciada gracias a la abstracción, gracias a que los aislamos del continuo de la existencia. Bajo este supuesto, lo primero sería el uno-todo indiferenciado, donde, de alguna manera, están presentes los entes, aunque en la indiferencia; soldados los unos a los otros en una primordial comunión.

Por lo dicho anteriormente, y para que la abstracción sea posible, necesitaremos localizar el fundamento de la variabilidad primigenia que haga posible el contraste y la comparación, que haga posible el establecimiento de un sistema de referencias. En nuestro mundo experimental, el contraste se producía en base a la presencia de una pluralidad de

objetos geométricos que formaban un juego de entidades, pero ahora no disponemos de entidades, éstas hay que alcanzarlas al igual que la pluralidad misma. ¿Cómo, dónde o en base a qué se produce la disociación primitiva del uno-todo indiferenciado que hará posible cierto contraste necesario para ejecutar la abstracción individuadora? Esta es ahora la cuestión. Y, en efecto, para que pueda haber abstracción el ser uno-todo debe disociarse, escindirse, separarse de sí. Si el uno-todo no se desprende de sí mismo, entonces permanecerá negado a nuestra mirada. Tiene que haber a la fuerza algún tipo de duplicación en la que unas partes por otras den lugar a la chispa del contraste. Desprendimiento del ser para con el ser, en esto está la clave del inicio del proceso que nos ha de conducir hasta la presencialidad diferenciada de los entes. Sólo si de algún modo el ser baila sobre sí mismo podrá arrancarsele sus diferencias ocultas.

La separación entre el sujeto y el objeto supone una solución tentadora, y, en efecto, tal disociación en el seno del ser parece ser condición necesaria y principio ineludible de la conscienciación. Ahora bien, supuesto un yo ante un no-yo indiferenciado cabe preguntarse ¿qué es lo que podría presentarse al sujeto en la contemplación de un puro indefinido? Sólo parece que pueda responderse que nada se presentaría, o que se presentaría un uno-todo indiferenciado, es decir, ni esto, ni aquello. Aún supuesta una separación entre un yo y un no-yo, ésta no se sostendría por falta de definición. Más bien nos parece que la escisión entre yo y no-yo debe darse junto a la presentación diferenciada de los entes. Dicho de otra manera, que el yo únicamente se formará al tiempo que se forma un mundo. ¿Dónde, pues, se dará el desprendimiento originario del ser para con el ser?

Por nuestra parte, vamos a suponer que dicho desprendimiento se da originalmente en lo que de forma habitual llamamos el cambio. En el cambio, pensamos, es donde originariamente el ser se desprende de sí mismo (se sale de sí, como diría Aristóteles), único terreno donde la individuación parece poder tener lugar, incluida también la del sujeto.

En el cambio, lo que propiciará el contraste será la escisión entre el ser y lo sido. Ahora bien, este contraste entre ser y sido requerirá que de algún modo lo sido sea retenido en el ser, ya que de otro modo lo sido y lo que *es* jamás se relacionarían, haciendo imposible toda comparación, toda referencia del uno al otro, todo contraste en definitiva. ¿Pero existe algún lugar donde lo sido se de junto al ser? Nosotros pensamos que ese lugar es la memoria. Mas ¿no se nos dirá que la memoria exige un yo que la preceda, una consciencia para la que sería su memoria? Nosotros, en cambio, pensaremos que la relación es, más bien, la inversa: es la consciencia la que necesita la memoria para poder ser.

Suponiendo, pues, que todo esto sea correcto o aceptable, lo que nos queda es que junto al ser, en un momento dado, aparece lo sido, siendo entre ellos el contraste primitivo sobre el que va a ejecutarse la abstracción con la que se arranca a los entes del uno-todo indiferenciado.

Con todo, no es suficiente con el cambio y la retención de lo sido, hace falta, también, que el cambio posea unas características determinadas sin las que ninguna relación podría darse entre lo que *es* y lo que ha sido. En lo que *es* tiene que darse algún tipo de subsistencia de lo sido más allá de lo retenido por la memoria. Es decir, que el cambio no puede ser de la totalidad del uno-todo, así como tampoco puede tratarse de un cambio nulo.

Un cambio nulo sería aquel en el que lo que *es* deja de ser lo que *es* para pasar a ser lo que *es*, es decir, un no cambio. En este caso el uno-todo se repetiría en la sucesión de un tiempo hipotético, siendo siempre lo mismo, y negando, por lo tanto, toda posibili-

dad a un desprendimiento de sí. En tal caso el contraste no sería posible de ningún modo, ya que lo que *es* coincidiría plenamente con lo sido. Así, el ser inmóvil de Parménides proporcionaría una excelente imagen de este caso, donde el ser estaría como puro presente sin escisión alguna y sin posibilidad de determinación.

Por otra parte, si el ser cambiara de tal manera que en cada mutación nada en absoluto coincidiera entre lo sido y lo que *es*, entonces poco importaría el que hubiese memoria, no habría contraste alguno en tanto que lo sido sería por completo ajeno al ser. La memoria, en este caso, sería memoria del ser, mas no de lo sido del ser, pues lo sido se constituye como tal en su relación con el ser; o, lo que es lo mismo, en el contraste resultante de la superposición de ser y sido. Lo sido se atribuye al ser, lo sido es lo sido del ser, con lo que, si lo sido y el ser nada tuviesen en común, únicamente tendríamos ser, por más que tratásemos de unir lo anterior con lo posterior haciendo uso de un hipotético cordón temporal en el que cada momento tendría su lugar (Y por supuesto que también el ser determinado sólo se constituye en relación a lo sido). Si todo cambiase de golpe, entonces siempre estaríamos ante un uno-todo indiferenciado. Así, pues, ni valdrá un cambio de nada ni un cambio de todo para hacer posible el relieve primigenio con el trabajará la abstracción.

Como en nuestro mundo experimental, aquí nos hace falta que entre lo que se compara haya algo común y algo diferente. Así, si entre los objetos geométricos nada hubiese en común, nada podría ser aislado, como tampoco nada podría aislarse en el caso de que todos fuesen iguales. No hacemos sino trasladar nuestras conclusiones de nuestro experimento imaginario al mundo natural.

El cambio tiene que ser un cambio parcial, o mejor, relativamente parcial. El cambio originario tiene que ser de tal manera que una relativa permanencia se superponga sobre una relativa aniquilación. Es decir, que unas cosas permanezcan en relación a otras que desaparecen, y que las que desaparezcan lo hagan siempre en relación a otras que permanecen, dándose lugar al fenómeno del cambio. Según esto, tendrán o encontrarán en su opuesto el fondo sobre el que dejarse ver, sin que, en ningún caso, pueda decirse que entre los dos hay uno que es el privilegiado. La permanencia y la aniquilación se alternan los papeles de figura y fondo.

Ante una situación de este tipo, lo sido, retenido por la memoria, contrastará con el ser, en tanto que algo ha cambiado, pero no todo, y en tanto que algo persiste, aunque no todo. Lo que desaparece contrasta así con lo que queda, mientras que lo que queda permite poner en relación a lo nuevo con lo que ya no *es*, formándose la imagen de una única realidad, aunque, eso sí, con dos polos diferentes: el del ser y el de lo sido. En el cambio, el ser no ha de poder aniquilarse de una vez por todas, sino que tiene que dejar partes de sí mismo en cada sucesión, pues de lo contrario ningún puente nos quedaría para conectar el ser con lo sido.

No se deduzca de lo dicho, empero, que hay algo único que siempre permanece como fondo privilegiado en base al cual sería apreciable toda modificación. No, según nuestra apreciación algo desaparece mientras que algo permanece, mas, acto seguido, lo que había permanecido desaparece a su vez en contraste a otras nuevas cosas que permanecen, sucediendo aquí como con los eslabones de una cadena en la que cada uno penetra al siguiente, pero no al subsiguiente, etc. Del mismo modo, las figuras de la realidad deben penetrarse, manteniendo siempre algo en común con el momento anterior.

Pues bien, dado un cambio en el que no todo lo sido coincide con el ser, dado un cambio en el que ni todo se esfuma ni todo permanece, lo sido entra en contraste con el ser.

El estado de cosas anterior conecta con el posterior, y al no encajar en su totalidad se abre una escisión en el seno del ser. En la memoria el ser se reproduce, se re-presenta, pero en su re-presentarse no coincide plenamente con el ser presente. Ciertos aspectos ya no son, mientras que otros saltan de lo re-presentado a lo presente sin ruptura. Y así como en nuestro mundo experimental vemos como una cualidad se deslizaba de un objeto a otro hasta que topábamos con uno en el que la cualidad se ausentaba, aquí nos encontramos que son las cosas mismas las que saltan de un estado de cosas a otro al tiempo que otras, a su lado, se han aniquilado. En este proceso, los entes irán mostrando poco a poco su relativa independencia con respecto a todos aquellos que en un momento dado los acompañan, mas no en otra situación, hasta desaparecer ellos mismos, constituyéndose, entonces, en fondo para el mostrarse de otros entes. Luego ya sólo hará falta que aquellas figuras que se asemejan (por su aspecto, por su utilidad, o por cualquier otro elemento que permita un anclaje) sean agrupadas bajo una denominación común que hará posible pescar y repescar lo tan trabajosamente identificado-individualizado, esto es, los entes, sus propiedades y sus relaciones.

III

De lo dicho en I y en II podemos sacar a continuación algunas consecuencias al tiempo que continuamos profundizando en esta cuestión.

Las sensaciones no se dan aisladas, las sensaciones se dan en tropel formando un flujo sensorial. En consecuencia, lo primero que habrá que revisar será la vieja idea de la asociación de los datos sensoriales como medio para la construcción de imágenes mentales. No negamos la existencia de esos datos sensoriales ni, tan siquiera, su carácter elemental, pero, después de lo dicho, sí hay que negar que esos datos sean lo originario para una mente, siendo, antes bien, algo que sólo va a alcanzarse tras un proceso o procesos mentales. En efecto, en la experiencia real no se nos dan aislados una serie de datos elementales con los que luego se llevan a cabo construcciones, sino que se da un flujo sensorial del que se han de sacar o arrancar tanto las imágenes como los propios datos de los que suele hablar el asociacionismo. En el flujo sensorial, los llamados datos sensoriales ya se dan ligados desde el principio y de lo que se trata es, más bien, de disociar que de asociar.

Veamos esto mismo a partir de una analogía. Supongamos que un texto escrito representa ahora nuestra experiencia. En un texto nos encontramos, en efecto, unidades constituyentes del mismo: letras, sílabas, palabras, etc. Las letras representarían, entonces, a los datos sensoriales elementales de los que habla el asociacionismo. Pues bien, según el empirismo y teorías afines a él, los datos sensoriales son lo originario para la mente, aquello irreductible a partir de lo cual se formaría en la mente una imagen de la realidad, y que en nuestra analogía estarían representados por las letras del texto. Es decir, los datos sensoriales se darían como podrían darse las letras de un texto y se combinarían formando imágenes tal y como se podrían combinar las letras para formar sílabas, palabras y oraciones, guiándonos exclusivamente en todo momento por unas pocas leyes psicológicas de asociación. Pero esto es justamente lo que tratamos de negar aquí. Como ya hemos dicho no negamos la existencia de tales datos elementales de los sentidos, ni negamos que la asociación juegue un papel en nuestro psiquismo, pero sí negamos que la mente se enfrente originariamente a esos datos elementales. Dicho en los términos de

la analogía que estamos utilizando para aclarar esta cuestión, lo que sostenemos es que a lo que nos enfrentamos originariamente en la experiencia es a la página del texto como un todo indiferenciado y no a las letras aisladas, es decir, que nos enfrentamos a paisajes sensoriales y no a datos aislados; solamente después (y, por cierto, tras cierta acumulación de experiencia) llegaremos a reconocer los propios datos constituyentes, o, al menos, algunos de ellos. La experiencia original no es un sucederse de elementos sensoriales, sino el sucederse de paisajes sensoriales en cada uno de los cuales están adheridos los datos de los que se habla. Nuestro psiquismo no sólo asocia sino que también disocia.

Pero sigamos con la analogía del texto. Pensemos ahora, empero, en un texto escrito en árabe: ¿Qué son aquí letras?, ¿Qué son aquí palabras?, ¿Qué signos de puntuación?, ¿Qué oraciones?. No hay aquí elementos constituyentes que sean identificables, el texto se da como un todo. Pues bien, en nuestra relación con el mundo pasaría otro tanto de lo mismo. Originariamente a lo que nos enfrentaríamos sería a un flujo de paisajes sensoriales en los que los diferentes componentes danzarían, dando lugar, justamente, a las disociaciones; tal y como los signos árabes bailarían ante nuestros ojos con el pasar de las páginas en las que están inscritos. En el texto, al ir pasando las páginas, será la relativa variabilidad de las relaciones de un signo con otros signos lo que nos va a dar la clave de su relativa independencia, y, del mismo modo, será en la sucesión y relativa variabilidad de las relaciones de algún o algunos elementos en el seno de los paisajes sensoriales lo que nos permitirá el llegar a los particulares e incluso a los famosos datos sensoriales elementales. En efecto, el sucederse de los paisajes sensoriales (tal y como lo hacen los fotogramas de una película) aporta el dinamismo y la variabilidad sin los que no sería posible ninguna disociación a partir del uno-todo originario e indiferenciado. Es en la variación sucesiva donde se da el contraste necesario para que pueda darse el reconocimiento de la relativa independencia de todo tipo de particulares entre los que se encontrarían, también, determinados sonidos, sabores, olores, etc., es decir, los llamados datos sensoriales elementales, a los que, como se ve, llegaríamos por disociaciones realizadas sobre el uno-todo originario y no de un modo inmediato.

Los particulares (libros, mesas, colores, figuras, etc.) se dan incrustados en paisajes sensoriales y es necesario arrancarlos a la indiferencia gracias al flujo sucesivo y variable de apariciones. En cada uno de los momentos (fotogramas) el particular está soldado al todo del paisaje sensorial, no hay, pues, un momento privilegiado, sino que es la sucesión de paisajes ligados y comparados en nuestro psiquismo lo que nos muestra la relativa independencia de cada particular. El particular será, pues, aquello que se repite, siendo lo mismo, en contextos diferentes y que, en ocasiones, se ausenta incluso de esos contextos; es decir, lo que varía su relación de presencia con respecto a otras presencias.

IV

Ya hemos mostrado como y bajo que condiciones llegarían a la presencia diferenciada los particulares, es decir, en la variabilidad de sus relaciones de presencia dada por el devenir de los estados de cosas.

Ahora bien, ha de observarse que es en el mismo proceso de la particularización donde, precisamente, podemos encontrar el fundamento de los universales, lo que nos ha de llevar a pensar que particulares y universales son los dos polos de un mismo proceder de nuestro psiquismo.

En efecto, en nuestro mundo experimental del apartado I, veíamos como el rojo llegaba a la relativa independencia con respecto a las figuras y tamaños en tanto que saltaba de unos a otros, en tanto que variaba sus relaciones con otras cualidades que en diferentes momentos lo acompañaban, mostrando, pues, que su presencia no iba necesariamente ligada a otras presencias. Pues bien, esto implica que el rojo ha de repetirse en contextos diferentes y que reconozcamos cada una de sus apariciones como una aparición de lo mismo. El rojo de la pirámide pequeña debe ser visto como el mismo (repetición) que se da en el cubo grande, pues sólo así puede el rojo mostrar su relativa independencia. En consecuencia, el rojo no sólo se muestra en este proceso de variabilidad presencial como este rojo de la pirámide pequeña (aunque como algo distinto de la figura y el tamaño), sino también como una particularidad (característica) que se repite en otras figuras y tamaños, es decir, un universal.

En la vieja discusión sobre los universales se sostenía por parte de los críticos que éstos no existían, que lo único existente eran los particulares y que, por lo tanto, eran éstos lo único real a tener en cuenta. Así Berkeley, por poner un ejemplo, en su crítica de las ideas abstractas, sostuvo que en la mente siempre que se piensa en algo se piensa en algo particular concreto como en el caso, por ejemplo, de que pensemos en un perro. En este caso, sea como sea el perro en el que pensemos, tendrá un determinado color, será de una raza determinada y estará en una posición concreta, etc. Y es cierto que de algún modo el señor Berkeley tiene razón. Ahora bien, es cierto que el rojo de nuestro ejemplo es siempre el rojo de una determinada figura, pero es a la vez un rojo que se muestra independiente de cualquier tamaño concreto y de cualquier figura concreta, y que es sólo por eso por lo que lo llegamos a ver como algo distinto de la figura y del tamaño. Luego, las cosas no pueden ser tal y como Berkeley pretendía, no, al menos, en un cierto sentido. Es verdad que el color rojo no va a darse al margen de cualquier figura y tamaño, necesariamente irá ligado a alguna figura y algún tamaño, pero no a una figura y a un tamaño determinados. Como hemos dicho, el rojo se muestra independiente de toda figura y tamaño concretos al deslizarse de unas a otras, y esto nos indica que, así visto, no puede ya tratarse de un particular. Es en la misma variabilidad presencial que nos muestra el ser particular de algo (pues es lo mismo ver que un color es algo independiente de la cosa, que el ver que ese mismo color se da en otra cosa) donde se nos muestra la relación abstracta de algo con respecto a todas sus concreciones. Es decir, que el rojo no sólo nos muestra su independencia relativa con respecto a la figura y al tamaño, sino que, al así hacerlo, nos deja verlo como en una relación abstracta con respecto a la figura y el tamaño, pues pasa a verse como algo independiente de cualquier figura y tamaño concretos, conservando con los mismos una simple relación en abstracto, es decir, sin concretar. Así, pues, el mismo proceso de abstracción conduce en realidad en dos direcciones, por un lado hacia el particular y, por otro, hacia el universal.

Un perro como entidad particular llegará a la presencia diferenciada, según lo ganado hasta aquí, en su variabilidad de relaciones presenciales que se nos mostraría en el devenir o flujo de la experiencia. Pues bien, ¿qué es lo que se nos está mostrando? Lo que se nos muestra es que el perro es independiente de otros cuerpos, ahora se nos muestra junto a estos, luego junto a aquellos, etc. Se nos muestra, además, independiente de una postura concreta, y de un tiempo concreto, y de un lugar concreto etc. Ahora bien, Berkeley nos decía que no podemos imaginar un perro que no estuviese en una postura determinada, en un lugar concreto, etc., pero la experiencia lo que nos enseña es que sí hay una independencia con respecto al lugar, a la postura, etc., pues de lo contrario con-

fundiríamos al perro con la postura, el lugar, etc. El perro tendrá, en efecto, una postura, pero no necesariamente ésta, tendrá junto a él algunos otros cuerpos, pero no necesariamente éstos, etc. El perro no está, por lo tanto, en una relación necesaria con ésta o aquella postura, con éste o aquel lugar, etc. El perro es independiente de toda postura y lugar concretos. Si así no fuese, insistimos, nunca llegaríamos a ver al perro como un particular. Pero, por eso mismo, el perro, siendo el mismo en circunstancias diferentes, apunta ya hacia cierto ser universal. El perro concreto oscila como ente entre unas relaciones concretas con postura y lugar, y una relación abstracta con toda postura y lugar concretos.

Pero, además, como ya hemos dicho, la experiencia no es experiencia de datos aislados, sino la experiencia de un flujo sensorial. El perro es de un color determinado, negro, por ejemplo. Pero el color es, en efecto, otro particular aislado en el flujo sensorial en su variabilidad de relaciones presenciales. Así, a nuestros ojos, el perro es negro y no podemos dejar de verlo negro, pero el negro es independiente del perro, dado que se da aquí, pero también allá, etc., separándose y aislándose de todo otro particular y, por lo tanto, también del perro. Así, en dirección opuesta, no del perro al negro, pero sí del negro al perro, vemos también un desligarse de ambos: animal y color. Y lo mismo se dirá, por supuesto, de su ser mamífero, carnívoro, etc.

El perro es independiente de su postura, del lugar en el que se encuentra, etc. Su color es independiente del perro, también su tamaño, etc. Así, pues, ¿a qué está siendo reducido el perro sino a un conjunto de relaciones abstractas?, y, por cierto, que mientras sea el perro no deja de ser este perro particular.

Por último, resulta que en el flujo sensorial no sólo se nos da este perro, sino también otros perros. No sólo un particular concreto, sino también clases de particulares que comparten sus caracteres esenciales. La caninidad salta así de perro en perro, mostrando a su vez su relativa independencia con respecto a cualquier perro particular, siendo el mismo proceso, pues, aquél que nos conduce a los particulares que aquél que nos lleva hacia los universales. Particulares y universales se nos muestran, entonces, como las dos caras de una misma moneda, como dos polos de una misma reflexión ejecutada sobre el flujo original de la experiencia.

La abstracción, en consecuencia, como capacidad de separar o aislar se nos presenta, en conclusión, como esencial a todo el proceso de originación de nuestro familiar mundo de los entes y sus relaciones, pero también en el de aprehensión y formación de las nociones universales con las que lo pensamos; en sus límites encontraremos, por lo tanto, uno de los límites de nuestra realidad.

V

En conclusión, hemos podido ver que hay unos momentos fundamentales en los que se ejecuta la abstracción, y que no son otros que la variación, la retención, la comparación, la repetición, y el contraste. Hemos visto, además, que la abstracción tendría su límite tanto en el caso de que se diese una identidad absoluta, como en aquél en el que lo que se diera fuese una diferencia también absoluta. Y, por último, que de esta misma operación, a la que aquí llamamos abstracción, surgen para nosotros tanto los entes diferenciados como los denominados universales. La abstracción es, pues, una de las operaciones fundamentales de nuestro psiquismo, y podemos decir, por lo tanto, que es en buena medida en su función por lo que en general hay cosas y un mundo.

"Cabe admirar en este caso al hombre como poderoso genio constructor, que acierta a levantar sobre cimientos inestables y, por así decirlo, sobre agua en movimiento una catedral de conceptos infinitamente compleja: ciertamente, para encontrar apoyo en tales cimientos debe tratarse de un edificio hecho como de telarañas, suficientemente liviano para ser trasportado por las olas, suficientemente firme para no desintegrarse ante cualquier soplo de viento. Como genio de la arquitectura el hombre se eleva muy por encima de la abeja: ésta construye con la cera que recoge de la naturaleza; aquél, con la materia bastante más delicada de los conceptos que, desde el principio, tiene que fabricar por sí mismo."

(F. Nietzsche; *Sobre Verdad y Mentira*; Ed. Tecnos 1990; pag. 27.).